

PRODUCCIÓN DE CARNES *

Posibilidades de obtener un aumento de la producción en el Uruguay

RUBÉN A. LOMBARDO **

Los conceptos modernos sobre crianza y alimentación del ganado, junto con la enseñanza que han suministrado datos estadísticos más completos, van haciendo retroceder una errónea creencia, bastante difundida, que atribuye excesivas bondades a nuestro sistema de producción de carnes.

Un sentimiento colectivo e injustificado en ese sentido puede constituir la base de un estancamiento en la marcha siempre ascendente que debe seguir la ganadería. En realidad estamos viviendo, desde hace tiempo, en una estabilización, de la que es necesario obtener una salida.

El porcentaje faenable se mantiene incambiado desde hace años: el consumo interno demanda cada vez más carne y los saldos exportables son cada vez menores.

La explotación del ganado para carnicería es, posiblemente, el renglón que menos beneficio reditúa, y no se vislumbra la posibilidad de que, con los sistemas de trabajo actualmente en uso, se transforme nuevamente en una industria que estimule la colocación de capitales.

Afortunadamente, conocemos en forma clara dos o tres grandes problemas que afectan su desarrollo y evolución, y también son suficientemente conocidas las soluciones de los mismos. Algunas serán palpables rápidamente si nos ponemos en camino para alcanzarlas; en cambio, hay otras que demandarán largo tiempo para hacer notar su influencia.

El aumento de la producción de carnes puede obtenerse acrecentando el número total de cabezas y/o elevando el porcentaje faenable sobre el stock sin aumentar el mismo.

Para disponer rápidamente de un mayor saldo exportable podría echarse mano al recurso de disminuir el consumo interno y sustituir parcialmente la carne vacuna por la lanar, pescados, aves, etc. Pero no nos interesa considerar si ello es factible, puesto que no va al fondo del problema, que es el obtener un aumento total de la producción de carnes, única solución integral del mismo.

* Conferencia pronunciada el día 30 de octubre de 1952, correspondiente al ciclo sobre "Producción y comercialización de carnes".

** Médico Veterinario. Jefe del Servicio Fomento de la Producción de la Dirección de Ganadería. Profesor agregado de Perfeccionamiento Pecuario de la Facultad de Veterinaria. Profesor libre de Zootecnia General de la Facultad de Agronomía.

En cuanto a la posibilidad de llevar el stock de ocho a diez millones de animales, siguiendo el camino que están recorriendo Inglaterra y Nueva Zelanda, podemos decir que ello sólo será posible cuando modifiquemos sustancialmente los actuales sistemas de producción, aplicando en la práctica las recomendaciones de la Misión del Banco Internacional y lo aconsejado por la Misión de técnicos que concurren en viaje de estudio a Nueva Zelanda y Australia.

En el mejor de los casos, creemos que pasará no menos de un decenio antes de que dichas innovaciones, aplicadas en gran escala, hagan sentir su influencia en la producción de carnes, y hacemos este cálculo con espíritu muy optimista.

Tratando de concretar nuestro pensamiento, podemos decir que los problemas más importantes se encuentran dentro de los siguientes capítulos:

- 1º) *Edad de faena y aumento del porcentaje faenable en relación al stock.*
- 2º) *Alimentación del ganado en base a praderas naturales.*
- 3º) *Sistemas de crianza, manejo y sanidad de los animales.*

Entraremos a estudiar cada uno por separado, destacando en razón del tiempo disponible para esta disertación, sólo aquellos aspectos más significativos.

EDAD DE FAENA Y AUMENTO DEL PORCENTAJE FAENABLE EN RELACIÓN AL STOCK

Anualmente se sacrifica en todo el país, aproximadamente, un 13 a 14 % del stock, que en la actualidad suma 8.154.109 cabezas.

Tomando como punto de referencia las entradas a Tablada Nacional y clasificaciones postmortem, comprobamos que en los últimos quince años se promedia un total anual de 804.000 cabezas, correspondiendo a cada clase de animales los siguientes porcentajes:

Novillos, 52 %; vacas, 27 %; terneros, 17 %; bueyes y toros, 4 %.

En los ocho meses que han transcurrido de este año, se han faenado:

Novillos, 48,5 %; Vacas, 32 %; terneros, 17 %; bueyes y toros, 2,5 por ciento.

Es posible que en la faena de los próximos cuatro meses las cifras definitivas sean muy similares a las mencionadas en primer término.

La edad promedio de los novillos, en el momento de ser faenados se caracteriza por superar, y a veces con holgura, al 60 % de animales con dentición completa o boca llena.

En lo que va del año suman el 70 %, comprendiendo en el 30 % restante a los animales de dientes de leche, dos, cuatro y seis dientes permanentes.

El porcentaje de faena sobre el stock depende en forma exclusiva de la edad de faena y sólo puede aumentarse disminuyendo la misma. Hay entonces una relación inversa: a menor edad más faena.

La tipificación de carnes con sus escalas de precios, será, a nuestro juicio, el único elemento capaz de determinar una disminución rápida de la edad, utilizando para ello un mejor precio de compra para el mismo grado a medida que disminuya la edad, es decir, a menor edad más precio por calidad similar. La actual escala de tipificación (en vías de modificarse), es, para novillos de boca llena, la que sigue: carne calidad Chilled de primera, Chilled de segunda, Continental B y Continental F. Si la misma escala o una similar se estableciera para los novillos de cuatro y seis dientes, fijando un precio mayor para similar calidad de carne a menor edad, entonces la tipificación de carnes se convertirá en la mejor arma para hacer evolucionar a nuestra ganadería en el sentido de una menor edad.

En los últimos tiempos, hace unos meses, ha ido tomando cuerpo una nueva tendencia en el mercado externo de la carne uruguaya, que en caso de llegar a ser estable, contribuirá en forma decisiva a unirse con una escala de precios como la que sugerimos para lograr esa tan deseada disminución de la edad de faena.

Inglaterra, que era nuestro principal comprador, tuvo marcadas exigencias, antes de la segunda guerra mundial, en calidad y grado de gordura, prefiriendo, dada las costumbres alimenticias y culinarias de ese pueblo, los animales bien gordos aunque sin exceso.

Pero las cosas cambiarían dada la aparente estabilidad de nuestras ventas a los llamados mercados libres, que requieren precisamente el tipo de ganado que nosotros producimos con mayor facilidad y que, incluso como Italia, Perú y Brasil, prefieren el grado opuesto al de los ingleses. Desean carne con la grasa suficiente, pero no más que aquella imprescindible para que escape a la clasificación de manufactura, que es la carne flaca.

Si esta nueva orientación adquiriese estabilidad y duración, serviría para ocasionar un cambio radical en nuestra política ganadera.

Para obtener un novillo calidad Chilled en cualquiera de sus dos grados, en base a nuestras praderas naturales, es necesario invernarlos en los mejores campos y cuando, generalmente, son de boca llena. En cambio, el novillo calidad Continental F, de cuatro y seis dientes, puede producirse fácilmente en la gran mayoría de nuestros campos y entonces nos resultaría sencillo —en caso de persistir la demanda de ese tipo de carne— aumentar el porcentaje faenable en relación al stock.

Si a ello unimos, como dijimos anteriormente, un precio diferencial para este grado y los restantes, entre las categorías de boca llena y cuatro y seis dientes, veremos que, sin pecar de excesivo optimismo, empezaría a solucionarse este primer problema.

Los novillitos de dientes de leche y dos dientes no tendrán mucha significación en el volumen total de faena, pero de igual manera pueden contribuir de manera apreciable para completar el abasto de la capital.

ALIMENTACIÓN DEL GANADO EN BASE A PRADERAS NATURALES

Es de toda lógica que si nuestros novillos no son faenados a una edad más temprana es porque su alimentación no permite lograr rápidamente una buena gordura, como la exigida para la calidad Continental B o Chilled.

He aquí la clave, la piedra angular de toda la producción de carnes: alimentación en base a praderas naturales deficientes y mal administradas.

El estado de la carne en el momento de la faena, considerada simultáneamente con la edad, nos dará la pauta de la calidad que entendemos baja, de las praderas naturales. En general, se promedia un 60 % de animales llamados gordos (yendo desde el muy gordo al de carne blanca) y un 40 % de flacos.

Es indudable que si disminuyéramos el porcentaje de animales flacos, que nos hace figurar como el país más productor de conservas en el mundo, el tonejale de carne para abasto y exportación aumentaría considerablemente.

Ello sólo puede ser posible mediante una mejor alimentación o, lo que es lo mismo, mejorando y manejando correctamente las praderas naturales e instalando praderas artificiales, en lo posible de tipo permanente o semipermanente.

Dentro de los porcentajes parciales en cada clase de vacunos, vemos que en novillos, puede considerarse como gordos el 72 %; vacas, el 63 %; terneros, el 22 %.

A medida que disminuye la edad aumenta el porcentaje de animales flacos: en novillos, los de cuatro y dos dientes, considerados en forma independiente, son los que dan mayor cantidad de animales tipo manufactura, y llegamos, pasando por los de dientes de leche, a los terneros, con un 78 % de flacos.

No es necesario destacar la pérdida que significa para el país que decenas de miles de terneros sean destinados a la elaboración de conserva cuando con una mejor crianza y alimentación darían una buena cantidad de carne apta para el abasto y exportación de congelado.

La explotación del ganado de carne está completamente sincronizada al ciclo de las pasturas naturales, creando, por consiguiente, una típica zafra de faena durante los primeros seis meses del año; para ser exactos, digamos que, sólo durante cuatro meses escasos, las fábricas trabajan con ritmo intenso; en ese período hay abundancia de carne para el abasto y exportación, acumulándose en las cámaras frigoríficas todo el tonelaje que saldrá para el exterior. Pero llega el segundo semestre y entramos en lo que se ha dado en denominar la postzafra: la población de Montevideo es abastecida sólo en parte y muchas veces consume carne de la reservada para exportar.

El análisis estadístico de las entradas a Tablada en más de veinte años nos enseña que este fenómeno se ha ido acentuando con el tiempo.

Se ha atribuído al mercado negro de la carne, mantenido con las faenas en departamentos limítrofes de la capital, especialmente Canelones, una importancia capital en este sentido.

No vamos a disminuir su trascendencia, pero no hay que olvidar que, en realidad, no es causa sino efecto. En época de zafra, cuando abundan los ganados de buena preparación, éstos acuden a Tablada y desaparece el mercado negro. Evidentemente, la causa hay que buscarla en la baja producción invernal, que no alcanza a cubrir las necesidades del abasto de *todo* el país, y este problema no se resuelve en forma integral combatiendo únicamente al mercado negro, sino estimulando la producción en esa época del año con precios remuneradores que compensen —hasta tanto no se disponga de otras forrajeras— de la plantación de avenales y *rye grass*, que forman praderas invernales de alto costo. Una de las causas principales reside en que un departamento como Soriano, que era gran productor de ganado gordo en invierno, hoy prácticamente no lo produce. Las tierras se han destinado a la agricultura cerealera porque se obtienen mayores ganancias que invernando novillos o vacas.

En el aspecto alimenticio consideramos que no tiene importancia nacional el considerar, al menos por unos cuantos años, el engorde de animales de carne en base a grano, como ha sido algunas veces preconizado.

Las tierras de buena aptitud agrícola son escasas en el país y tendrán que destinarse sobre todo a la agricultura cerealera y oleaginosa. Por lo tanto, la solución se encuentra en la preparación de praderas artificiales —que son mucho más baratas aún con el alto costo que tienen que el racionamiento a base de grano— y también en mejorar las naturales.

Ya en la escuela primaria nos inculcaban la idea de la feracidad de éstas, y muchas veces se ha escrito y dicho que el Uruguay tenía por ello condiciones ideales para la ganadería. Pero los tiempos cambian y los conocimientos se perfeccionan, y así vemos ahora que si, en épocas ya pasadas, la capacidad de esas praderas era suficiente en un país con standard de vida más bajo, con un costo de la misma mucho menor, con una estructuración económica más firme y menos complicada y exigente, en cambio, hoy en día debemos cambiar de manera de pensar. Ante la necesidad de mayores recursos nacionales, de que los habitantes disfruten de un nivel de vida decoroso y acorde con las exigencias de la hora, es necesario considerar que si una extensión de campo natural de 200 ó 300 hectáreas no permite vivir holgadamente con ganadería, es que tiene malas pasturas y/o mal administradas.

Eso es lo que aprendimos de Nueva Zelandia y lo que nos enseñan también otros países. Nueva Zelandia nos lleva, haciendo un cálculo moderado, no menos de treinta años en esta materia, puesto que en 1920 ya se generalizaban en aquel país los actuales sistemas de mejoramiento y manejo de los pastos, que nosotros recién estamos aprendiendo a conocer.

Hay dos problemas claros en nuestras tierras y pastos:

- A) Déficit de leguminosas.
- B) Carencia de fósforo.

Las leguminosas son imprescindibles en toda pradera permanente:

- 1º) Por su acción de nitrogenar el suelo y permitir por ello mejor rendimiento de las gramíneas.
- 2º) Por elevar el contenido proteico, mineral y vitamínico, de la mezcla de pastos de la que tomen parte.

Baste observar el primer fenómeno en cultivos de tréboles para ver cómo el *rye grass* o cola de zorro tiene, dentro de los mismos, hojas más anchas, más largas y más sustanciosas. En cambio, donde se termina el trébol se ve a las mismas plantas más empequeñecidas y, en definitiva, con menor producción de alimento verde.

Es conocido que los tréboles y otras leguminosas sólo prosperan y producen al máximo cuando la tierra tiene un pH de casi 7; cuando baja de 6 es necesario agregar cal para neutralizar la acidez. El fosfato, en todos los casos, debe ser utilizado en el país, ya que sabemos que hay gran carencia de fósforo y es un elemento vital para las leguminosas y microorganismos del suelo. Los fertilizantes no sólo llenan el cometido de alimentar directamente a los vegetales, sino que permiten prosperar a esos microorganismos, los que, a su vez, benefician a las plantas al poder desempeñar mejor sus complejos cometidos dentro del suelo.

No hay que olvidar que las plantas, al igual que los animales domésticos y el hombre, necesitan alimentarse bien para desarrollarse tal como su herencia lo permite. Si el pasto se alimenta en una tierra pobre en varios elementos o en uno sólo, ya que rige la Ley del Mínimo de Liebig, tendrá poca producción y crecerá en forma deficiente o no crecerá.

Si a ello agregamos que hay plantas que requieren más fertilizante que otras, vemos que es imposible que prosperen pastos buenos y exigentes, como la alfalfa o tréboles, en terrenos pobres o empobrecidos.

Hay quienes mencionan, ante lo que se ha dicho de Nueva Zelanda, ya sea escrito o en disertaciones, que el Uruguay, al no tener regularidad pluviométrica, no posee las condiciones para llegar a conseguir resultados igualmente satisfactorios.

Desde luego, que aún nadie tiene en el país la suficiente experiencia para expresarse categóricamente en tal sentido. En cambio, hay ejemplos o hechos que permiten suponer lo contrario. Por ejemplo, en Cololó, famosa zona de Soriano, están los mejores, o de los mejores, campos del país; sabemos que allí llueve más o menos igual que en el resto del territorio nacional. En el departamento de Minas

existe el igualmente conocido Valle Fuentes, capaz de producir dos invernadas anuales y que recibe igual cantidad de agua que otras zonas más pobres.

En toda estancia hay siempre un potrero mejor que otros, y no ocurre ello porque, justamente dentro del perímetro delimitado por sus alambrados, caiga mayor cantidad de agua y en los momentos más propicios.

Lo que ocurre es que el suelo es más fértil.

Mejoremos el suelo en el resto del país y multiplicaremos los buenos campos. Esta es una opinión que, por otra parte, ha sido expresada con anterioridad por técnicos destacadísimos de renombre mundial que estudiaron nuestro país, formando parte de la ya citada Misión del Banco Internacional. Compartimos totalmente esa opinión, no sólo por provenir de fuente tan autorizada, sino porque también pudimos comprobar y ver con nuestros ojos transformaciones de ese tipo ocurridas en Nueva Zelanda.

En cuanto a las praderas artificiales, pueden ser de varios tipos: anuales, bianuales, semipermanentes o permanentes; también deberán ser objeto del debido impulso estimulante para su instalación. El mejoramiento de las naturales, que posiblemente sea lo de más importancia, ya que una gran extensión del territorio no permite que se le atienda, debe ser encarado con toda rapidez y energía por parte del Estado, el que tiene la obligación, una vez conocidos los problemas y sus respectivas soluciones, de llevarlas a cabo en la forma más expeditiva.

Vamos a describir, respecto a este último aspecto del mejoramiento de los pastos, el método que el Dr. Mc. Meekan, destacado técnico neozelandés —que visitó nuestro país y al que ustedes con seguridad conocerán o habrán oído nombrar— nos decía que él emplearía para mejorar campos como los de Minas, pongamos por ejemplo.

En primer término, subdividir.

De poco valen las mejoras introducidas en la pastura si no se maneja adecuadamente a la misma y el primer paso para ello consiste en subdividir. La sola subdivisión, sin agregado de fertilizantes o semillas, se comporta como elemento mejorador.

Tomar, por ejemplo, un potrero de 100 hectáreas y dividirlo en cuatro.

Sembrar temprano en el otoño, sin necesidad de arar, en seguida de las primeras lluvias, unos dos kilogramos de trébol subterráneo por hectárea, junto con 50 kilogramos de superfosfato; a las dos semanas echar 100 kilogramos más. Durante el primer año pastorearlo en forma rotativa, pero muy levemente, para que el subterráneo pueda echar raíces y semillar, lo que hace alrededor de enero.

Cuando florezca, retirar casi todo el ganado y, sobre todo, evitar el pastoreo excesivo en la primera época.

Para el segundo año, pastorear 600 ovejas de cría y 80 novillos y rotarlos juntos. Después especular si hay que disminuir o no el número de animales; si viene flechilla hay que recargar, etc.

Desde luego, nos decía este técnico, hay que experimentar, pero entendía que, de cualquier manera, es posible obtener un mejoramiento considerable de las praderas naturales con subdivisión, poca semilla, superfosfato y buen manejo.

En la actualidad se están realizando por particulares, experiencias de enclado y subdivisión y también de riego. Yo tuve oportunidad de observar en la estancia "Los Cerros de San Juan", hace pocos días (setiembre de 1952), unas 30 hectáreas de trébol rojo (*trifolium pratense*), adaptado y seleccionado en La Estanzuela, de magnífico desarrollo.

En marzo se habían puesto más de 60 toros y para el 8 de setiembre se retiraron los últimos animales; a poco menos de un mes, se hizo un corte que rindió 2.400 fardos de heno de 30 kilogramos, aproximadamente, cada uno. A comienzos del año venidero, si el tiempo es favorable, puede llegar a dar hasta dos cosechas de grano.

Como se puede apreciar, el resultado es inmejorable.

Es evidente que, aun cuando sea una solución a largo plazo, es por este lado donde hay que buscar el más efectivo aumento de la producción de carne para llegar a solucionar todos los actuales problemas del abasto y exportación.

Aunque no fuera necesario producir carne muy gorda para los mercados exteriores, siempre será necesario, y diríamos imprescindible, aumentar la receptividad de los campos y con ello el número total de animales.

Abastecer de semillas adaptadas en cantidad suficiente, multiplicando para ello los semilleros, realizando los compromisos de importación con tiempo y seguridad; efectuar experiencias en gran escala, localizar los yacimientos de cal y estimular la explotación de los mismos por los particulares en forma cooperativista, etc., creemos que son pasos urgentes a dar y complementarios e imprescindibles acoplarlos al Plan de Mejoras Básicas, que ha sido considerado por el Consejo Nacional de Gobierno.

Posiblemente, el aspecto más importante, por el efecto psicológico que ocasiona, es el de solucionar la provisión de semillas. De nada vale que se escriba, se diserte, se efectúen mil recomendaciones sobre la utilización de semillas de distintos pastos, si los servicios oficiales no las poseen en cantidad suficiente para satisfacer una demanda de cierto volumen.

Para cumplir con el tiempo asignado a cada orador no nos extenderemos más sobre este punto y pasaremos al tercero y último.

SISTEMAS DE CRIANZA, MANEJO Y SANIDAD DE LOS ANIMALES

El sistema de crianza está, como no podría ser de otra manera, vinculado directa e íntimamente al aspecto que acabamos de tratar: la alimentación común en nuestros establecimientos ganaderos.

La crianza de los terneros hasta el destete se puede considerar como satisfactoria y, en algunos casos, como de muy buena, pero, a partir de entonces, comienza un *vía crucis* para estos animales, acentuado al año siguiente con la muda de dientes. Por regla general, al año de destetados no han obtenido aumento de peso que sobrepase en más de 20 ó 30 kilogramos al que tenían cuando fueron separados de la madre.

Esta época de crisis queda profundamente marcada en la conformación, ya que el déficit alimenticio se traduce en empobrecimiento de las masas musculares y sistema óseo y, por lo tanto, en ese período el país pierde muchas toneladas de carne, por un menor rendimiento de la misma, en reses criadas de esa manera.

Pero, si bien conocemos la causa de esa pérdida, también sabemos que los campos naturales, en las condiciones actuales, no permiten otra alternativa.

Por lo tanto, la única solución de este problema estriba en lo que ya hemos dicho sobre el mejoramiento de las pasturas que permitan un mayor desarrollo corpóreo a igual edad. También puede paliarse esa situación si se incrementa la faena de los terneros en el momento en que aún están en buenas condiciones, volcando la carne faenada para el consumo capitalino.

Otro aspecto que interesa destacar especialmente es el del bajo porcentaje de procreación.

He aquí otro elemento de importancia fundamental para aumentar la producción de carne.

El proceso no supera al 60 %, y en algunas zonas del país, como en ciertos lugares de Tacuarembó y Rocha, cuesta llegar al 50 %.

Si consideramos que de un millón de vacas sólo se obtienen 600 mil terneros, es fácil apreciar la pérdida voluminosa que ello significa. Con un 10 % más de procreo, indudablemente que acrecería el porcentaje faenable en cifra importante.

La cantidad de toros utilizados para la monta, oscila normalmente alrededor del 3 %. El tamaño de los potreros, si tienen o no montes, en campos de costas, de arroyos o ríos, influyen mucho en la cantidad de fecundaciones obtenidas. Los potreros chicos permiten una mejor utilización y mayor cantidad de concepciones. No sabemos exactamente qué porcentaje de toros son infértiles y cuántas son las vacas que quedan "falladas" por esa causa.

El período, relativamente corto del año, en que se realizan las montas hace también que una esterilidad transitoria en los machos o uno o dos celos fallidos en las hembras sean otros elementos que contribuyen a provocar procreos tan bajos. Las vaquillonas son entoradas, por regla general, cuando han pasado los tres años de edad, ya que su crianza no permite que obtengan el desarrollo corporal necesario para hacerlo antes.

Sabemos también que a esa edad se "amachorran" más fácilmente y que es más difícil obtener la concepción.

La aftosa, con sus esterilidades transitorias o definitivas, y la brucelosis, son enfermedades que contribuyen grandemente a ocasionar el bajo índice de procreo.

En cuanto a los elementos de la nutrición, que influyen especialmente en este aspecto, debemos mencionar en primer término a la carencia de fósforo, muy acentuada en ciertos campos, donde los análisis de suelo denuncian cantidades vestigiales y presente prácticamente en todos los del país.

Esta carencia es por sí sola capaz de producir bajos procreos.

La falta de leguminosas, que ya hemos mencionado y, por lo tanto, un bajo contenido proteico de las pasturas en el momento de la monta, es causa suficiente de esterilidad, puesto que el déficit proteínico se comporta como un factor específico de la misma.

Creemos que, además de los que mencionamos, pueden actuar otros factores que ayuden a producir un bajo porcentaje de fecundaciones y de terneros marcados y señalados. Dada la entidad de este problema, que no ha sido aún estudiado detenidamente y al que no se ve prestar toda la atención que se merece, es que nosotros creemos que la Facultad de Veterinaria y la Dirección de Ganadería debieran contar con campos experimentales donde, al lado del estudio de los puntos anteriormente citados sobre engorde de novillos a distintas edades, costo de la internada, etc., debe ocupar un lugar preeminente el estudio del bajo porcentaje de terneros que nacen en los rodeos generales, pidiendo además la colaboración de productores de distintas zonas del país para llegar así a determinar cuál es el manejo más conveniente para obtener un máximo de pariciones, así como cuáles son las causas patológicas que más intervienen en ese problema.

Y terminando, señores, debemos decir que el problema de la producción de carne es, indudablemente, complejo y que no hay a la vista un único resorte que al presionarlo nos lleve en tiempo de meses a soluciones integrales. Determinando prioridades, diríamos que la tipificación de carnes es el elemento más valioso para provocar rápidamente un cierto grado de evolución, y que, para que la transformación sea completa, hay que encarar el problema central, alrededor del cual giran todas las posibilidades y soluciones de fondo de nuestra producción de carnes, que no es otro que aquel de la alimentación o, mejor dicho, de la producción de alimentos.

Es a todas luces urgente realizar el mayor esfuerzo posible para que este mejoramiento sea desarrollado en gran escala en el menor tiempo posible. Debemos pasar de la etapa de las ideas a la de realizaciones. Sólo así saldremos del terreno intrincado y difícil de las soluciones parciales, incompletas, que a nadie satisfacen y que, en definitiva, demoran el progreso de nuestro país.